

dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar, á aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuidado me lo tengo, dijo D. Quijote, y agradezcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. ¡Oh! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podría ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPITULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apenas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fuéron á despertar á D. Quijote, y á decirle si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. D. Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnalda de cipres y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimismo dos gentilhombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero, le dijo: Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles D. Quijote qué era lo que habian oido de Marcela de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera: que uno dellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á D. Quijote habia contado. Cesó esta plática, y co-

menzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á D. Quijote qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió Don Quijote: La profesion de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apénas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo mas y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes. ¿No han vuestras mercedes leído, respondió D. Quijote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que comunmente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos, ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen rey, fué instituida aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de D. Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quinaña, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido, | Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino:

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entónces de mano en mano fué aquella orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fuéron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felismarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero D. Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la orden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me deparé en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era D. Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dijo: Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para

mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro D. Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajo y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que les ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas. Dese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió D. Quijote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacedlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo: y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á

sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuanto mas, que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió D. Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviere sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que D. Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo cual respondió nuestro D. Quijote: Señor, una golondrina sola no hace verano, cuanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian, era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como D. Galaor, con las véras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro D. Quijote, y dijo: Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha ser de princesa, pues es reina y señora mia; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linaje, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual respondió D. Quijote: no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos,

ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña: ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia: Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastres, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia:

Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos. Como eso no habrá llegado, replicó D. Quijote. Con gran atención iban escuchando todos los demas la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro D. Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento, y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamás á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que despues pareció, eran cuál de tejo y cuál de cipres. Entre seis dellos traian unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pié de aquella montaña es el lugar donde él mandó que lo enterrasen. Por esto se dieron prisa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recebiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego D. Quijote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y así los que esto miraban, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron, dijo á otro. Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida, y aquí en memoria de tantas des-

dichas quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á D. Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo: Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitude, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes; cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena, va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oïllo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remediála si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo ménos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo: Por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada*. Oyólo Ambrosio, y dijo: Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seais oïdo, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenian

el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia:

CAPITULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quier, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz fuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miserables entrañas.
Escucha pues, y presta atento oïdo,
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mio sale y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable;
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar; el triste canto
Del inviado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contalla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas;
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas;
O ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas desiertas de contrato humano,
O adonde el sol jamas mostró su lumbré,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libio llano;
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncicos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden; atierra la paciencia,
O verdadera ó falsa, una sospecha;
Matan los celos con rigor mas fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte;
Mas yo; milagro nunca visto! vivo
Celoso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
Ni yo desesperado la procuro;
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puedese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
¿Tengo, si el duro celo esta delante,
De cerrar estos ojos, si he de velle
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira
Descubiertos el desden, y las sospechas,
¿Oh amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¿Oh en el reino de amor fieros tiranos
Celos! ponedme un hierro en estas manos,
Dame, desden, una torcida soga:
Mas ay de mí! que con cruel victoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasia,
Diré que va acertado el que bien quiere,

Y que es mas libre el alma mas rendida,
Y la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa naee,
Y que en fe de los males que nos hace,
Amor su imperio en justa paz mantiene;
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerado el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me mueve á que la haga
A la cansada vida que aborrezco;
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De cómo alegre á tu rigor me ofrezco,
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida lleque al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sisifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto,
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil mostros
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amator difunto.
Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó, dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oïdo del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: Para que, señor, os satisfagais desaduda, es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavava la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron ménos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le

dijo: ¿Vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estáis, me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hizome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura; y por el amor que me mostrais, decis y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso, á amar á quien le ama; y mas que podria acontecer que el amator de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiésen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habrian de parar; porque siendo infinitos los sujetos hermosos, servirán de ser los deseos; y sugun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto mas que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado ó como la espada aguda, que ni él que quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin los cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos

mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta léjos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras: y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede decir que ántes le mató su porfia que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del gólfio de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desespérese sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion, es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan, de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito á aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su discreccion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por D. Quijote, pareciéndole que allí venía bien usar de su caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces dijo:

Ninguna persona, de cualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuese por las amenazas de D. Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador El misero cuerpo helado, Que fué pastor de ganado, Perdido por desamor.	Murió á manos del rigor De una esquivia hermosa ingrata, Con quien su imperio dilata La tiranía de amor.
---	---

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. D. Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entónces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de D. Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco; tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse D. Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado

Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duermen, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse D. Quijote, era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trocillo algo picadillo, y se fné á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debian de tener mas gana de pacer que de ál, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas; y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó D. Quijote, y sin hacer mas discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á D. Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aun no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacaban estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: Señor D. Quijote, ¡ah señor D. Quijote! ¿Qué quieres, Sancho hermano, respondió D. Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? respondió D. Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo